

expediat. S. GREG. LIB. 5 MORAL.

Quanta sit iracundiae culpa
pensemus, per quam dum man-
suetudo amittitur, supernae ima-
ginis similitudo vitatur. ID. LIB.
2 MOR. CAP. XXX.

Si non potes iram vitare, tem-
pera; si non potes furorem cave-
re, cohibe. S. ISIDOR. LIB. 1 DE S-
LILOG.

Cum vim irascibilem oblinuit
(dæmon), statim introducitur in cor-
de suam familiam, quæ sunt ri-
xa, furor mentis, contumelia,
clamor, indignatio et blasphemia.
S. BONAV. DE PUG. SPIR. CAP. IV.

De ira nota specialiter tria;
scilicet odiosam ejus effigiem, ejus
ruinosam perniciem, et ejus vi-
tiosam propaginem. ID. IN DIET.
CAP. V.

Consideremos la gravedad de la
cólera, por la cual, perdiendo la
mansedumbre, queda afeada la
semejanza de nuestra imagen di-
vina.

Si no puedes evitar la cólera,
modérala; si no puedes precaver-
te del furor, refrénale.

Cuando el demonio ha excitado
el apetito irascible, introduce en
el corazón toda su familia, esto
es: las riñas, el furor, las inju-
rias, los gritos, la indignación y
la blasfemia.

Tres cosas hay que observar en
la cólera; su figura repugnante,
el daño mortal que causa, y su
viciosa descendencia.

COMBATE ESPIRITUAL.

Bonum certamen certavi.

He combatido con valor.

(Timot. IV, 7.)

Estas palabras que dijo el apóstol S. Pablo, al acercarse al término de su carrera apostólica, debemos repetir las nosotros, al acercarnos al término de la prueba de nuestra vida. Si; todos deberemos decir: combatido he leal y generosamente. Este combate puede ser considerado, ó en un sentido general, ó en un sentido concreto. Yo me contentaré con establecer la ley que rige en este combate, y su necesidad; con hacer comprender su naturaleza, con manifestar, en breves palabras, el orden, y luego las vicisitudes. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para probar la necesidad de este combate, pocas palabras me bastarán; porque si hay un principio claro, incontestable en la religión, es este: La vida es una lucha, la vida es un combate. Mucho tiempo há que el Espíritu Santo dictó estas palabras: La vida del hombre es una milicia: *Militia est vita hominis*.

Concedemos el principio fácilmente; más, ¿admitimos todas sus consecuencias? En teoría, ni una duda se nos ocurre acerca de este particular; en cuanto á la práctica, me parece que las dudas son harto frecuentes, y que están muy arraigadas en nuestras almas. Para convencerse de esto, basta considerar el modo con que, generalmente, la religión se comprende, se estudia, y se practica. Cuando se examina este punto, cuando uno se lo explica á sí propio, cuando tratamos de ilustrarnos sobre un negocio de tanto interés, puede reconocerse perfectamente esta verdad: todo se comprende, ménos una cosa, la que más importa comprender, esto es: que toda la conducta, y también la vida interior, suponen el combate; que en esta vida y en esta conducta consiste el combate; que todas las ventajas obtenidas deben sostenerse de continuo.

Es preciso convenir, hermanos, en que la religion, ante todo, se convierte en un deber; más, aunque ligeramente, se comprende tambien en ella cierta idea de sosiego, de paz, de descanso, y de tranquilidad de espíritu. Si hemos experimentado azares y crueles inquietudes, decimos: en la religion hubiera encontrado mi descanso. Así nos lo enseña tambien la Sagrada Escritura. Pero es preciso no tomar esta frase aislada; es preciso comprender bien; que este descanso, esta tranquilidad, esta calma no pueden adquirirse ni conservarse sino por medio de la lucha, del combate y de la guerra perpétua. Es un fruto dulce, de un sabor exquisito, que podrá recogerse algun dia; pero ansiosos de cogerle, ávidos de llevarlo á nuestros labios, no tenemos presente: que es un fruto prohibido al que no ha combatido generosamente, al que no se apresta á luchar con decision y denuedo.

Sucede tambien, que tomamos la piedad en el sentido que no le es esencial, sino accesorio, y, sin duda, el más agradable; se la considera en sus consuelos, en su fervor. Ya sé, hermanos míos, que Dios no niega, por lo comun, los consuelos de la piedad; y hasta, si quereis, las dulzuras de la misma; pero siempre interviene como condicion el combate.

Grabad en vuestra alma, en vuestro corazon este principio, antes que los otros; y no olvideis, que en la vocacion del cristianismo la vida es un combate, un combate leal y generoso. Un combate, sí, que os será muy llevadero y os traerá consuelos íntimos. ¿Acaso en el fondo de él hay otra felicidad, acaso ha tenido jamás otro consuelo? ¿Por ventura el reino del cielo, el verdadero reino del cielo, no tiene sus puertas para siempre cerradas á las almas tímidas y pusilánimes, lo propio que á las almas culpables y criminales? ¿Por ventura no está tambien cerrado á las almas cobardes, á que se refiere el Evangelio, el reino del cielo sobre la tierra, reino donde se disfruta anticipadamente de la bienaventuranza y felicidad celestial? ¿Acaso Dios reinará siempre en nuestro corazon por sus verdaderos consuelos? ¿Acaso estará siempre en él, si nosotros no le colocamos en el trono de nuestro corazon con gran valor y venciendo dificultades; si ese trono que le hemos consagrado, ese trono en el que reina, no lo conquistamos con nuestra lucha, con nuestros sudores, con nuestras lágrimas y con nuestra sangre? No; el divino Maestro no quiere, en ese sentido, ser para nosotros un rey pacífico; quiere ser un rey batallador, un rey victorioso, un rey que, sobre todo, y ante todo, reine por derecho de conquista. La vida del hombre, la vida del cristiano en el mundo es una guerra, es una

milicia; la vida del cristiano; es un empeño, es un juramento prestado á Dios, á nosotros mismos y á los demás hombres, de que combatiremos sin tregua y sin descanso todos los dias.

2. Bien pudiera manifestaros la necesidad del combate; pero no es necesario probar una verdad, que se desprende de nuestras malas inclinaciones. Fuera de que, comprendereis la necesidad del combate al explicaros su naturaleza. ¿Cuál es, por lo tanto, el carácter de este combate, y en dónde debemos buscar el origen, la causa primera de esa necesidad que tenemos de combatir? Porque, en fin, es preciso confesar, por glorioso que sea este combate, que seria no obstante más fácil, más dulce, más consolador, en el fondo, existir en el mundo bajo otras condiciones. No debe sorprendernos esta idea cuando la tuvo el mismo Dios. En primer lugar, Dios no creó al hombre en estas condiciones; le dió un estado primitivo, en que todas las tendencias de su corazon eran hácia el bien, ó en otros términos más claros: el hombre se dirigia espontánea y naturalmente á Dios; amaba entónces á Dios ante todas cosas, y amaba á Dios en Dios. Este estado ha variado mucho, y aun por completo; y de la misma manera que el hombre se dirigia á Dios por una tendencia íntima de su corazon, ahora se aleja de él por una tendencia igualmente íntima y manifiesta.

Ya que por resultado de esta herida, de cuyo origen todos hemos participado, el alma humana solo tiene tendencias contrarias á Dios, y, por lo tanto, contrarias al bien y á la virtud, para tomar la direccion opuesta, para marchar hácia Dios en todos los sentidos en que por naturaleza nos alejamos de él; necesitamos, además de nuestra cooperacion, otro principio de movimiento que proceda de Dios, que sea obra de la gracia. Nunca nos remontaremos hácia Dios, sino merced á un impulso sobrenatural, un impulso que no será nuestro; que aceptaremos, que lo haremos personal; identificándolo con nuestro espíritu, con nuestro corazon, con nuestra alma, por la inteligencia y el sentimiento; más tambien en el fondo de nosotros mismos, como en una region inaccesible, en lo más íntimo del corazon hay esa tendencia opuesta; y ved aquí en que debemos ocupar la vida: en corregir la inclinacion al mal.

¿A dónde se dirige el alma que se desvía de Dios? Comete mil errores, se deja arrastrar por mil pasiones y á mil funestas tendencias. Pero hay un centro único, al cual vienen por fin á parar todas las inclinaciones: todo lo que no se dirige á Dios, se dirige forzosamente á nosotros: Dios, ó nosotros; lo que no dedicamos á Dios, lo damos al egoismo. El pecado original hizo que el hombre se separase de Dios,

y cayese sobre sí mismo, rigiéndose por su propio corazón, no viéndose nada fuera de él, constituyéndose, por una suprema injusticia, no solo en su propio pensamiento sino en su amor, en su centro; á cuyo alrededor, según él, todo debe girar, al cual todo debe referirse. Por consiguiente, ¿á dónde va el alma que se aleja de Dios, que no tiende á Dios? Va hacia sí misma, tiende á sí misma, como á su fin, á su principio, á su felicidad. ¿Qué hace esa alma, por qué se desvive, en qué emplea sus continuos esfuerzos? Por encontrar en sí misma lo que no es otra cosa que la pura nada; por encontrar fuentes infinitas donde apague la ardiente sed que la abrasa; fuentes de ventura y de felicidad: quiere vivir de la nada, y sobre la nada quiere establecer su imperio.

Tal es, hermanos míos, su gran trabajo en este mundo; más cuando hayan pasado los días de prueba, cuando su estado haya de fijarse para siempre, entonces el alma fiel á la lucha y al combate, el alma que ha buscado á Dios, que ha querido á Dios, y á pesar de todas las dificultades, ha procurado continuamente que sus pensamientos, sus deseos, todos sus actos, se dirigiesen á Dios; entonces esa alma, terminadas las pruebas, encontrará á Dios, que es su bien. Su ser, fiel á su ley, que era la ley de su prueba, y que es ahora la ley de su felicidad, de su gloria, de su ventura, encuentra y tiene su término en Dios. El alma, empero, que ha sido infiel á esta primera ley de su ser, oirá la terrible sentencia que encierra todo un porvenir de desgracias. Apártate, le dirá el Señor, nunca veniste hacia mí; te llamé, y no me contestaste; no tenías más que venir á mí, y siempre te has retraído; pues bien, yo sanciono ese estado que tu misma has elegido, y digo una vez para siempre: apártate. Terrible maldición, que al mismo tiempo condena el cuerpo al fuego eterno.

Semejante lucha, hermanos míos, es infinita en todos sus detalles. Comenzad por vuestros pensamientos, por las más imperceptibles tendencias de vuestra inteligencia; examinad luego vuestro corazón hasta en sus fibras más delicadas; reunid todos los actos exteriores de vuestra vida, todas sus intimidades y relaciones: si atendeis á la ley suprema del deber, del precepto que regula los actos de la vida, y después á la ley suprema del consejo; si buscáis en la religión explicada en su sentido más elemental y esencial, la perfección elevada á su mayor grado; ¿qué veis, qué encontráis? Dios en todas partes, Dios en todo. La ley y el consejo, la fe y la perfección nos impelen hacia Dios por todos los caminos, nos vedan alejarnos de él, y nos mandan que procuremos referir á Dios todos nuestros actos.

Ya me hago cargo, hermanos míos, de que estas palabras son duras, no á nuestra inteligencia y á nuestro corazón inspirados por Dios, sino á nuestra naturaleza decaída, á nuestra naturaleza enferma, á nuestra naturaleza muerta. Esta es la ley de la vida; más ¡cuántas veces esta ley de la vida es una ley de muerte para nuestra naturaleza! Esta ley consiste en la abnegación y en el desapego propio. Algunos extrañan que la aconseje el Evangelio; y cuando del Evangelio se la toma para repetirla en el púlpito, dicen algunos: esa es una ley de perfección y no una ley de precepto. Os equivocáis. Cuando la abnegación es completa, no hay duda que es la perfección; más cuando se trata de no incurrir en el pecado mortal; ¿qué menos puede hacerse sino renunciar á sí mismo, desviarse de sí mismo, apartarse de su propio camino con valor, con decisión, con heroísmo? El que no quiere cien veces, mil veces en la vida, renunciarse á sí mismo; el que, por amor de Dios, no está dispuesto á despreñarse á sí mismo cien veces, mil veces en interés de todos, éste, dice el Salvador en su Evangelio, no es mi discípulo, no es digno de mí; éste no recibirá jamás el premio que tengo ofrecido.

Y no solo es esto posible, sino que es necesario; pues las tinieblas en que estamos sumidos, esa injusticia en que nacemos, y que se apega á nuestras entrañas y á nuestro corazón, nos privan de comprender inmediatamente toda la justicia y la belleza de esa ley. ¿Cómo quereis, hermanos míos, que nosotros mismos seamos nuestro fin, nuestro objeto, nuestro término? ¿Es esto posible? Nosotros nada somos; y lo que somos, lo tenemos de Dios: no existimos sino para él. Dios quiere que nos miremos á nosotros mismos, y, en cierto modo, no podemos hacer otra cosa; pero en nosotros mismos debemos ver á Dios, jamás á nosotros mismos en nuestro amor y en nuestras tendencias. ¿Cómo quereis que Dios esté en nuestros corazones de otro modo, que lo está en el orden de las cosas? Él es, él existe, es el ser único, al menos por la necesidad de su naturaleza; luego, ¿cómo quereis que Dios no esté en un sentido muy verdadero en el fondo de nuestros corazones?

Considerad ahora, hermanos míos, que hay un acto de fe práctica, de fe verdadera, que es el primer artículo del símbolo de fe; y consiste en reconocer esta verdad, no solo teóricamente, sino también en la práctica. ¿Qué dice el primer artículo del símbolo? Creo en Dios; no en una existencia perdida en los espacios imaginarios, no; creo en Dios, es decir, como en el fin, como en el principio de mi ser; creo en Dios, como en aquel á quien deben refluir toda mi vida, todas mis acciones, todos mis sentimientos, yo mismo. En este sen-

tido, hacemos un acto de fe, y, á la vez, un acto de confianza; pues cuando pretendo abandonarme á mí mismo, y no apoyarme sino en mí, me parece que voy á caer en el vacío. ¿Qué va á ser de mi pobre corazón? ¡Oh! esto es lo que poco más ó menos se siente y se dice, cuando Dios nos ha exigido el sacrificio de alguna pasión fuerte, cuando hemos hecho un grande esfuerzo, cuando por su gracia hemos sido regenerados. En un momento se muere, pero hay un mañana.... Ese pobre corazón que, como acabo de decir, cree encontrarse en el vacío, duda de que pueda vivir de esta suerte; piensa que la vida es imposible con estas condiciones, y exclama: fuera de mí ¿dónde habitaré? No apoyándome en mí ¿en quién me apoyaré? No encontrando mi fin en mí propio ¿á dónde iré? La fe práctica y generosa, responde: Creo en Dios. Me parece que mi corazón está muerto, devastado, desolado; me parece que no hay felicidad ni consuelo para mí. Pero, no: creo en Dios, creo en la presencia de Dios en mi corazón; creo! Y despues de todo, puede muy bien creerse, que este Dios dará algun consuelo, un poco de felicidad, un poco de ventura á una alma infeliz en los dias de su destierro, pues le promete una felicidad eterna. ¡Oh Dios mio! yo creo esa verdad, porque creo en vuestra promesa; porque la razón y la fe me dicen, que vos sois el alimento eterno del corazón, el alimento eterno del linage humano. Vos y solo vos podeis dar al corazón, en esta vida, parte de esa sustancia nutritiva, de ese pan que tanto ha menester para el alimento cotidiano: *Credo!*

Hé aquí, como un simple acto de fe basta á todas las necesidades. ¿Hay algo que os seduzca? Creo que hay algo mejor que lo que seduce; yo creo que hay algo más digno de mí: creo en Dios. Es un poco de vanidad, de gloria; es humo, no es nada: yo sé donde está la realidad de esa gloria, yo sé donde está la verdadera felicidad, la felicidad eterna. *Credo in Deum!* Yo afirmo: que mi Dios existe; no le doy una existencia teórica, considerándolo solamente en el cielo; pues, cuando le hemos encerrado en su morada celestial, parece que nos encontramos más á nuestro placer en la tierra y en nosotros mismos; pero, no: creo en Dios; creo que interviene en todas mis acciones. Tal es la vida cristiana, la vida que, como no ignorais, se la comprende de una manera bien mezquina é incompleta. ¡Pobre vida cristiana! ¡No se penetra hasta tu alma, hasta tu corazón! Si se dijera: la vida cristiana es ese sublime valor que consiste, no solo en vencer todas las dificultades, sino en vencerse á sí propio, es una grande abnegacion y renuncia de sí mismo; es un grande sacrificio; es un holocausto; es un Abraham, que toma á su hijo Isaac para sa-

crificarle al Señor, siendo nosotros ese Abraham y ese Isaac: si se comprendiera así la vida cristiana, se comprenderia toda su belleza. ¿Acaso no es bastante sublime para extasiar nuestra imaginacion, para arrebatarnos nuestro corazón? ¿Hay acaso grandeza y gloria fuera de ella? No; sino gloria falsa y deslumbradora. Todos los sacrificios, todos los heroismos no los encuentro gloriosos, cuando son inspirados por ese amor injusto á sí mismo. No pedir nada á la tierra, no pedir nada á los demás, no pedir nada á sí propio, entregarse por entero á Dios; esto es grande, pues que Dios, para obtenerlo, no se desdenó de venir él mismo á este mundo, y darnos el ejemplo de esa vida cristiana.

5. Creo, hermanos míos, haber llenado mi objeto, pues solo pensaba limitarme á estas primeras reflexiones. He dicho, al considerar el combate, en su generalidad, que debia indicarse tambien su orden. Aun cuando sea bueno y necesario abarcar de una mirada todo el campo de batalla, para saber lo que conviene hacer sobre el terreno, es imposible que nuestro corazón deje de encontrarse á cierta altura; es imposible que no seduzca nuestra vista el brillo del divino estandarte que ondea sobre nuestras cabezas; por lo mismo, hermanos míos, es preciso que la prudencia disponga el combate. Es preciso, en cierto modo, tener todo el combate en nuestro corazón; es preciso querer, casi constantemente, el principio, el progreso y el fin; á la manera que el soldado en el campo de batalla, desde los primeros pasos, tiene ya en el corazón y en el oído la algazara, el ruido, los cánticos de la victoria; con todo, no tratemos de abarcarlo todo inmediatamente. Es preciso, hermanos míos, negarse á sí mismo y confesar á Dios; en otros términos: renunciarse por cumplir la voluntad divina. Esto es incontestable en las cosas más necesarias, en las cosas de precepto; luego sigue el perfeccionamiento. Es una ilusion bastante comun, que supone una grande voluntad, pero, al mismo tiempo, una grande inexperiencia querer inmediatamente hacerlo todo. Debemos esperar y tener paciencia. Si nos conocemos un poco á nosotros mismos, veremos, desde luego, todos los puntos mas amenazados, en los cuales debemos fijar nuestra atencion. Defendamos, ante todo, para hablar con entera claridad; defendamos nuestra alma, nuestro corazón, preservándolo de todo golpe y herida esencial. Pongámonos en la condicion primera de vida, que consiste en no ser enemigo de Dios; luego, abierto ya el camino, avanzaremos sucesivamente; y despues de haber triunfado en nosotros de nuestras pasiones, de nuestros vicios, de nuestras culpables inclinaciones, y en fin, de todo lo que puede sernos ocasion de infraccio-

nes frecuentes de la ley de Dios; pasaremos al ejercicio de las virtudes, ya sea de las virtudes que nos interesan más especialmente, ya sea de aquellas que el prójimo tiene un derecho particular á exigirnos. Pero haya sobre todo en esta guerra orden en las victorias, orden en los triunfos que sobre nosotros conseguimos.

4. La experiencia nos enseña, que los azares del combate son infinitamente diversos y multiplicados. Este combate no es más que de un día; y este día se llama la vida; pero sucede diez veces, cien veces, que esta batalla la creéis perdida sin recurso, ó ganada definitivamente; un instante despues, las circunstancias varian, ocurren las contingencias más imprevistas, y sucede algunas veces, que cambiais de fortuna á cada momento. Así que no puedo decirlos los reveses que en este sentido pueden verificarse; pero el resultado definitivo es, que debemos estar seguros, cualesquiera que sean los diversos aspectos y fases de ese gran día; debemos estar seguros de vencer á nuestros enemigos; pues Dios nos ha asegurado, que nos sacará vencedores. «Yo mismo, nos dice, he combatido el primero; yo conozco los caminos que conducen á la victoria, que conducen al cielo, y yo mismo me encargo de guiaros; solo exijo que me sigais, que no me perdais de vista, que fundeis en vuestra alma un invencible valor; y por si esto os parece muy difícil, os exigiré algo más dulce y más necesario tambien: una incontrastable confianza; no desconfieis jamás de vosotros, ó, si quereis mejor, no desconfieis jamás de vuestro divino jefe. De pié ó caidos, y hasta acostados en el campo de batalla, fijad una mirada de esperanza fiel en vuestro divino Señor, que está siempre de pié; miradle, y esta mirada os traerá la fuerza de levantaros, y marchar en pos de él con más valor que antes.» Todas las contingencias y probabilidades de este combate están completamente en nuestro favor; por esto no podemos ser derrotados.

Cuanta mayor fidelidad mostremos en este combate, cuanto más encarnizado sea, tanta mayor felicidad tendremos, más paz y consuelo.

Si nos dejamos derrotar, podemos contar con la desgracia. La palabra *vencidos*, tan célebre en la historia profana, se realiza mil veces en el sentido espiritual. ¡Ay de los vencidos! ¡ay de las almas que son perpétua y eternamente vencidas, y que se cuentan sus heridas, y algunas veces heridas harto graves, por los dias, algunas veces por las horas que pasan en este mundo! *Væ victis!*

El hombre se admira de tantas tristezas, de tantos dolores y lágrimas; y la causa de esas tristezas, dolores y lágrimas está en esa cobardía, en esa negligencia, que, no solamente no queremos vencer, pero ni aun combatir. Para devolver á esas almas un poco de ener-

gía, un poco de vida, bastaria decir á Dios: ¡Oh Dios mio! lo comprendo: estoy fastidiado; muero de disgusto, de cansancio, de faltas, de dolores y remordimientos en el campo de batalla; si; porque me formo en mí mismo, en mi pensamiento, en la práctica de mi vida, no sé que campo de ociosidad y de reposo. Ved ahí la razon que tengo para quejarme, y para quejarme amargamente. Pues bien! quiero evitar esa desgracia, y purificarme de esas faltas; quiero permanecer de pié en el campo de batalla, en el cual me habeis colocado; quiero seguir el divino estandarte que tengo en frente, y que vos teneis en vuestra mano sagrada, porque en él están grabadas para siempre las promesas de victoria, las promesas de felicidad.

Y estas palabras deben repetirse todos los dias, á cada instante en que experimentais disgusto ó desfallecimiento, y de esta suerte obtendreis la victoria y los grandes resultados que á todos os deseo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Donec deficiam, non recedam ab innocentia mea; justificationem meam, quam cepi tenere, non deseram. JOB. XXVII, 5 ET 6.

Hasta que fallezca no desistiré de mi inocencia; no abandonaré la justificacion que he comenzado á hacer de mi inocencia.

Persequar inimicos meos, et comprehendam illos, et non convertar, donec deficiant. PSALM. XVII, 58.

Perseguiré á mis enemigos y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos.

Esto firmus in via Domini. ECCL. V, 12.

Mantente firme en el camino del Señor.

Itaque fratres mei dilecti, stabiles stote, et immobiles, abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino. I. COR. XV, 58.

Así que, amados hermanos míos, estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, pues que sabeis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor.

Bonum facientes, non deficiamus; tempore enim suo metemus non deficientes. GALAT. VI, 9.

No nos cansemos de hacer bien; porque si perseveramos, á su tiempo recogeremos el fruto.

Qui certat in agone, non coro-

El que combate en la palestra

natur nisi legitime certaveri. II. no es coronado si no combate se-
TIMOT. II, 5. gun las leyes.

Esto fidelis usque ad mortem, Sé fiel hasta la muerte, y te
el dabo tibi coronam vitæ. Apo- dará la corona de la vida eterna.
CAL. II, 10.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hortamur vos per communem fidem, ut gloriam nostram forti et perseveranti virtute teneatis; adhuc in sæculo sumus, adhuc in acie constituti, de vita nostra quotidie dimicamus. S. CYPRIAN. LIB. 2, EPIST. I. Os exhortamos por la fe que todos profesamos, á conservar con valor y perseverancia la dicha que á todos nos cabe: vivimos todavía en el siglo, todavía colocados en el ejército militante, peleamos continuamente por nuestra salvacion.

Tentatio accidit, persevera usque in finem, quia tentatio non perseverat usque in finem. S. AUG. TRACT. XLV IN JOANNI. Si te asalta la tentacion, persevera hasta el fin; porque la tentacion no persevera hasta el fin.

In stadio terrestri, unus qui prior venerit, coronatur; in cælesti vero stadio quisquis pervenerit, coronam promeretur. S. CHRYSOST. HOM. DE FIDE. SPE, ET CHARIT. En el estadio del siglo, solamente se lleva el premio el que llega primero; pero en el estadio del cielo, cualquiera que llegue es coronado.

Non est beatus qui bonum facit, sed qui incessabiliter facit. S. ISIDOR. HISP. II DE SYNONYM. No puede llamarse dichoso el que practica el bien, sino el que lo practica incesantemente.

Scias diabolum soli perseverantiæ invidere, quam solam novit à Domino coronari. S. BERNARD. EPIST. CXXIX. Acuérdate que el demonio solo persigue la perseverancia, como la única virtud que del Señor alcanza la corona.

COMPAÑÍAS.

(HUIDA DE LAS MALAS)

Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis.

Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte con sus caricias, no los sigas.

(Prov. 1, 10.)

En este mundo los malos están confundidos con los buenos, la zizaña con el buen grano. Es preciso esperar hasta el dia del juicio, que será el dia de la gran cosecha del género humano; entónces Aquel que ve lo íntimo de los corazones, y que conoce los que le pertenecen, separará los buenos de los malos. Esperando esta terrible separacion, debemos sufrir á los malos, pedir á Dios que los convierta, no participar de sus crímenes, y evitar su compañía, en cuanto nos fuere posible. Este es el consejo que nos dá el Sábio: Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte en sus caricias, no los sigas. Si te dicen: entra en compañía con nosotros, no tengamos todos sino una misma bolsa: *Sortem mitte nobiscum; marsupium unum sit omnium nostrum*: no te dejes llevar de ellos; porque sus piés corren al mal con rapidez: *pedes enim illorum ad malum currunt*. Ninguna cosa puedo proponeros, hermanos míos, que sea más útil que este consejo del Sábio: sea que seais justos ó pecadores, debeis seguirlo; porque si *sois justos, la huida de las malas compañías os es necesaria para perseverar en la virtud; y si sois pecadores, la huida de las malas compañías os es necesaria para convertirlos y salir del estado del pecado*. Esto es lo que voy á demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es santo en cualquier lugar que esté, y en cualquier obra que haga: no es ménos santo en los infiernos, que en el cie-